

como posible la imitación de las divinas perfecciones: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (8). Y el Padre celestial nos le dió a El como modelo: en el Bautismo del Jordán y en la Transfiguración del Tabor, dejó oír su voz diciendo de El a los discípulos: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias» (9). Si Dios Padre tiene puesta en El sus complacencias, es que quiere Le imitemos. Y, a la verdad, el mismo Jesucristo dijo también: «Yo soy el camino... nadie va al Padre sino por Mí... Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón... Os he dado ejemplo, para que como Yo he obrado, así obréis vosotros» (10).

Veamos ahora qué cualidades tiene este divino Modelo:

a) Jesucristo es un Modelo *perfecto*. Practicó las virtudes en grado eminente y con las *disposiciones interiores* más perfectas: religión para con Dios, amor del prójimo, anonadamiento de sí mismo, horror del pecado, etc. Con todo, es un modelo *imitable* y *universal*, *lleno de atractivo*, y sus ejemplos encierran especial *eficacia*.

b) Todos los hombres, en efecto, *podemos imitar* este divino Modelo, porque quiso tomar sobre Sí nuestras miserias y flaquezas, y aun sufrir tentación, siéndonos semejante en todo, fuera de pecado, como lo afirma el Apóstol (11). Durante treinta años vivió *vida oculta*, la más oscura, la más común, obedeciendo a María y a José, trabajando como un aprendiz, como un obrero (12). También vivió *vida pública*, practicó el apostolado, formando discípulos y evangelizando a las turbas; sufrió entonces del cansancio y pasó hambre; disfrutó de la amistad de algunos, como también soportó la ingratitud de otros; en una palabra, pasó por las peripecias de todo hombre que tiene relaciones con amigos y con el público. En su *vida dolorosa*, nos dió ejemplos de la mayor paciencia, en medio de las torturas físicas y morales por que pasó no solamente sin quejarse, sino rogando por sus mismos verdugos. Y no se puede decir que, sien-

do *Dios*, sufría menos; era también *Hombre*: dotado de una sensibilidad exquisita, sintió más vivamente que nosotros el dolor físico, la ingratitud de los hombres, el abandono de sus amigos, la traición de Judas; experimentó en Getsemaní tal tedio, tal temor, tanta tristeza, que no pudo menos de rogar a su Padre apartase de El aquel cáliz de amargura, si era posible; y, en la Cruz, dió un grito desgarrador, que mostraba su inmensa angustia, diciendo: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (13).

Jesucristo es, pues, Modelo imitable y universal.

c) También se muestra Jesucristo modelo *lleno de atractivo*. En una ocasión dijo El que, cuando fuese levantado de la tierra (aludiendo al suplicio de la Cruz) atraería todo hacia Sí (14). Esta profecía se ha realizado efectivamente: viendo lo que Jesús padeció y sufrió por nosotros, los corazones generosos de muchos cristianos se han encendido en Amor hacia el divino Crucificado; a pesar de las repugnancias de la naturaleza, llevan con valentía sus pruebas, sus cruces interiores y exteriores, ora para imitar mejor al divino Modelo, ora para testimoniarle su amor sufriendo con El y por El, o también para tener parte más abundante en los frutos de la Redención, y colaborar con El en la santificación de las almas. Todo lo cual se ha verificado especialmente en la vida de los Santos, que corrieron con más avidez tras de la Cruz que los mundanos tras de los placeres.

d) El atractivo de Jesucristo, divino Modelo, resulta más fuerte y poderoso por el hecho de que se junta a él la *eficacia* de su gracia. Como quiera que todas las acciones del Salvador, antes de su muerte, eran meritorias, nos ha facilitado a nosotros hacer otras semejantes; y así, cuando consideramos su humildad, su pobreza, su mortificación y las demás virtudes que practicó, nos animamos a imitarle, no sólo por la fuerza persuasiva de sus ejemplos, sino también por la eficacia de las gracias que nos ha merecido practicando las mismas virtudes, y que se